

Entre dos amores

Gisela Melo Saavedra

Aquel viernes 21 de Abril parecía ser un gran día; para nada podía predecirse lo que al transcurrir la tarde sucedería. La Universidad Javeriana tiene grandes recursos para la educación de sus futuros médicos y ese día conocería uno de estos, el muy renombrado Hospital Simulado. Sin tener anomalías en mi horario común de clase, a las 7:00 a.m. me dirigí al auditorio tres de Almendros donde recibiría mi primera clase del día, Comunicación y Salud.

Como también es común, llegué tarde. Pero Camilo, el monitor de la asignatura, no llegó; la profesora intentó contactarlo y por ello reiteradamente tuvo que salir del salón. Esto alteró de gran manera el orden de la clase, puesto que Camilo era una ficha clave. Al salir, caminé con un pequeño grupo de compañeros, Laura, Hoover y Mondragón. Ibamos hacia Guayacanes donde veríamos nuestra siguiente clase, y debo decirlo, mi favorita: Célula, en horario de 9:00 a.m. a 11:00 a.m. Al llegar a clase, guardar los maletines, tomamos la misma mesa de siempre justo en frente del tablero en el lado derecho. La clase fue entretenida, nos reímos muchísimo y el tiempo pasó rápido.

Faltando 15 minutos para las 11:00 a.m. salimos del laboratorio, y junto con Laura nos fuimos hacia Almendros a buscar una mesa para almorzar pues nuestra siguiente clase no era sino hasta la 1:00 p.m. Llegaron a la mesa otras personas de Medicina. Se sentaron y mientras el tiempo pasó, cada uno iba almorzando ya sea que trajera su almuerzo o que lo comprara en Charlot's, Mr. Arepa o La Frutería. Entre conversaciones, el tiempo transcurrió y la hora de la siguiente clase se acercaba.

Así que Laura, Luisa y yo nos dispusimos a ir hacia el Lago donde veríamos inglés. La clase transcurrió de forma común, no había mucho ambiente de estudio; la verdad es que los viernes nadie quiere ver inglés. No obstante, hicimos las actividades que la profesora pidió hasta que por fin dieron las 3 p.m.

A las 4:00 p.m. teníamos la citación en el quinto piso de Guayacanes para conocer el hospital simulado. Faltando aproximadamente veinte minutos, un grupo de compañeros y yo subimos por el ascensor. Al llegar, gran parte de los estudiantes estaba allí, en diferentes grupitos, dispersos, esperando a que la actividad comenzara. Una de las ingenieras biomédicas encargadas de la actividad, dio la orden de organizarse en grupos de diez, para empezar a ingresar. Yo quedé en el tercer grupo, así que me dediqué a hablar con mis compañeros mientras era mi turno de ingresar.

Por fin me tocó, ingresamos y recorrimos cada una de las habitaciones de hospital donde se encontraban los famosos robots; nos explicaron la tecnología y sus capacidades. Fue sorprendente.

No muchos logran concebir la magnitud de poder interactuar con un robot asemejándose a la perfección, como un humano. Al recorrer cada pequeño rincón y apreciar una clase que daba un

doctor gastroenterólogo a un grupo de estudiantes de semestres más avanzados se dio por concluido nuestro recorrido. Ahora sí, empezaba mi viernes. Mi cuñado y su novia, que estudian Ingeniería en la Universidad, se habían quedado esperándome para ir por mi novio y salir un rato en la noche.

Así que me dirigí con un amigo al ascensor para ir a la central donde me esperaban. Al subir notamos que el ascensor no tenía luz. Yo tenía prisa, y mi amigo, muy cobarde, se bajó del ascensor con la excusa de que bajar por las gradas era más sano. Bajé un piso pero el ascensor se detuvo en el cuarto porque alguien lo había pedido. Era un joven, también estudiante de medicina. Claramente lo supe porque tenía el pantalón del uniforme. Antes de que subiera lo primero que le dije fue: No tiene luz. Como si nada, respondió: No importa, a menos que a ti te de miedo. Yo solo sonreí y cerré la puerta, quedando en completa oscuridad. La única luz que se veía era la del número que indicaba el piso.

De inmediato el joven empezó a hablarme. Dijo que creía saber cómo arreglar el ascensor así que lo intentó, pero no tuvo éxito. Mientras bajábamos, me preguntó:

— ¿En qué semestre estás?

Respondí:

— Jajaja, en primerito, ¿y tú?

— En séptimo, pero ¿En serio, estás en primero? No te puedo creer, yo te vi y te hablé pensando que estabas por ahí en quinto”

— Súper. Jajaja, no, con ganas.

— ¿Y tu maletín? ¿Para dónde vas?

— Lo dejé en el carro y ya me voy. Voy para cine ¿Y tú?

Bajamos del ascensor e íbamos caminando juntos hacia la central.

— Voy para la central a comer algo, porque acabo de salir de clase y ahora tengo turno en Farallones.

— Ay tan rico, súper chévere, yo quiero.

— Jajaja, ya casi. Jajaja, mentiras, te falta bastantico, pero vas a ver que lo vas a hacer.

Entretenida en mi conversación olvidé que mi cuñado estaba esperando. Así que cuando iba pasando por la central con el joven, mi cuñado al verme me gritó:

— ¡Giseeee, aquí estamos!

El muchacho escuchó, así que me miró y dijo:

— Bueno, chao. Un gusto, Andrés. Y me extendió la mano.

— Yo le di la mía y le dije: Gisela. Y sonreí.

Acto seguido me fui con mis amigos (mi cuñado y la novia). Me llevaron a mi casa para que me cambiara, y volvimos a salir para recoger a mi novio. Salimos esa noche con otros cuantos amigos a vernos la película *Ninfomanía*. Al acabarse, decidimos ir al apartamento de una de nuestras amigas a conversar y escuchar un poco de música. Regresé a mi casa, dormí, y todo mi fin de semana me dediqué a estudiar, cosa que es habitual.

Llegó el lunes, el martes, el miércoles; en fin, la semana se pasó volando entre la rutina diaria. En mi día preferido, el viernes, me vería con mi novio en la tarde-noche y aunque no saldríamos, verlo siempre me sube el ánimo.

Esa noche pedimos un domicilio. Conversamos mucho y nos reímos; entre tanto, para quemar tiempo prendí el computador para poner algo de música. Y como cosa rara, entré a la red social Facebook, cosa que a veces hago. Revisando notificaciones y mensajes, vi que había una solicitud de amistad, así que me metí, y para mi sorpresa, era de Andrés, el joven que había conocido. Al ver la solicitud y notar que yo había aceptado, mi novio me preguntó quién era; yo le respondí que era un colega que había conocido hace unos días en la universidad. La verdad, en ese momento, eso era.

Al comienzo de la semana él me habló al Facebook y la notificación me llegó al celular. Era solo un Hola. La conversación siguió por un par de horas; claro, era algo muy médico, refiriéndome con ésto a que todos los temas a tratar giraban en torno a cosas de la Carrera. Así conversamos durante varios días, cada vez un tema nuevo, cada vez más interesante. Él me enseñaba mucho; su recorrido le servía para esto. Hasta que un día me dijo que hablar por Facebook era difícil porque la red se caía, que era mejor hablar por otra red de mensajería instantánea, WhatsApp. Tenía razón y compartí su idea. Entonces, le di mi número de celular. Inmediatamente recibí un mensaje con un: Hola, soy Andrés. Agrégame... Ahora sí podremos hablar más seguido. Hablamos un rato y ambos nos fuimos a dormir.

Al día siguiente en la mañana recibí un mensaje con un: Hola, estás hermosa. Sorprendida, primero por el mensaje, y segundo, porque no sabía dónde me había visto, le respondí: Gracias, pero ¿dónde me viste? Me dijo que había pasado por su lado pero que iba distraída y que por eso no lo vi. No me imaginaba que después de ese mensaje todo iba a ser diferente.

Aquel colega todos los días me hablaba, preguntándome cómo estaba, cómo me sentía, o qué necesitaba. Me decía que quería verme, que me extrañaba, que era lo más lindo de la universidad, que verme lo hacía feliz. Llegó a pedirme que al llegar a mi casa por favor le avisara que le preocupaba mucho que atravesara la ciudad sola y que si me pasaba algo él no sabía qué hacer, en fin.

Cada día una nueva frase surgía y más me confundía. Mi novio era un príncipe. No tenía queja alguna de él, todos los días me levantaba en las mañanas, me preguntaba cómo estaba, y me decía cuánto me quería. Siempre tuve claro el mucho y grande amor que sentía por él. Pero la química que surgía cada que hablaba con Andrés (quien lógicamente sabía de la existencia de mi novio, pues de lo primero que hablo siempre es de él) era rarísima. Podría decirse que pocas veces la había sentido, quizás porque al elegir la misma Carrera teníamos un proyecto de vida similar, y nuestras pasiones estaban tejidas por el mismo hilo.

Ahora entre la química, la moral y el amor, vivo en una encrucijada. Lamentando aquel hola aunque a la vez adorando aquel ascensor dañado, y también amando cada milésima de segundo junto a mi novio, pero queriendo solo un hola, o un pequeño tropezón con Andrés. Entre la ternura de mi novio y nuestros recuerdos juntos, se me encaja aquel ascensor en la mente y me cohibe de pensar claro. Estar con mi novio es una bendición inmensa; cuando estoy con él la tranquilidad me abarca, las sonrisas son miles y la confianza es muy grande. Pero cuando hablo con Andrés las conversaciones son interesantes, apasionantes, él me impulsa, es un ejemplo, él está más cerca de ser lo que yo quiero ser; además, me sorprende todos los días sin jamás recibir nada de mi parte.

Esperando actuar correctamente he decidido seguir mi moral y el amor que siento por mi novio, esperando que Dios fortalezca y acompañe mi decisión. Y anhelando que sin ser cruel, Andrés se aleje de mí por el bienestar de los tres, sobre todo el mío. Necesito dejar de sentir que me encuentro entre dos amores que me cortan el aire y me roban la paz.